

Esbozos para una visión pretendidamente posible del mundo rural

*Jesús Casas Grande
Diciembre 2009*

Durante los últimos treinta años nadie puede negar que España haya experimentado un cambio radical. Un cambio tanto en lo político, como en lo económico y en lo social. Nuestro modelo de vida, el sentido que damos a nuestra posición de estado en el contexto internacional, nuestra organización colectiva e institucional, y nuestra vertebración territorial son recientes y novedosas. Con ello han cambiado también nuestros valores, nuestras ilusiones, nuestros retos y nuestras expectativas. La propia visión de lo que significa la cultura o el bienestar, o el sentido del significado de la relación entre los ciudadanos, son otras. Somos otro país.

Probablemente nunca se había asistido a un cambio tan profundo en un lapso tan corto de tiempo. Resulta difícil a veces hacer comprender a los miembros de la más reciente generación como era la vida en la generación anterior. Este cambio nos ha llevado, como sin darnos cuenta, a una coyuntura en donde cerca del 90% de la población vive concentrada en grandes ciudades sobre un subconjunto territorial que apenas abarca el 15% del país. Somos una sociedad de pasado rural que en su mayoría ya no vive en el campo. Nos preocupa el medio rural, nos preocupa por lo que nos evoca y por lo que nos implica. Esa preocupación se ha amalgamado además con la imprescindible conciencia ambiental y con la responsable solidaridad con los que nos rodean. La legítima preocupación por la conservación de los valores naturales, fuertemente consolidada en estas últimas décadas, ha llegado un momento en que se ha convertido en una preocupación genérica por todo un modelo de organización territorial. Ya no solo nos preocupa la flora y la fauna, ahora además nos preocupa todo el territorio que aún no hemos transformado. Y, probablemente, ya empezamos a entender que eso sólo será posible si, al tiempo, nuestra preocupación territorial se focalizarse en ayudar y colaborar con los que residen en esos territorios.

Hoy vivimos con una mirada circular que encierra la paradoja de una sociedad urbana que añora y quiere mantener algo de ese “ser rural”, y una sociedad rural que encuentra dificultades para justificar, en no pocos casos, seguir viviendo en el espacio en donde lo han hecho las generaciones anteriores. Lo rural se añora desde lo urbano, y lo urbano se dibuja como horizonte desde lo rural. Ambas visiones son probablemente simplistas y desenfocadas. Nuestro medio rural ya no encierra atavismo o salvajismo alguno. Es un escenario plástica y funcionalmente modelado, de forma voluntaria o casual, por determinados criterios de uso y determinadas actividades tradicionales. Estas actividades están ligadas a una particular forma de entender la agricultura y la ganadería, que mantiene su propia estética, aunque su vinculación económica y social es más limitada. El agua pasada aquí tampoco mueve molino. Conservar nuestro mundo rural es, en esencia, mantener los elementos troncales de los procesos biofísicos de uso del territorio que los han configurados. No es conservar una foto evocadora ni una actividad determinada.

Pueden cambiar los tiempos, los aprovechamientos y los actores, porque mantener vivo el territorio significa tan solo seguir dando margen a su existencia, y a la capacidad para el libérrimo devenir de estos elementos troncales.

Por ello, más allá de construir programas o de agarrarnos a definiciones clavadas en el reloj, tal vez haya llegado el momento de empezar por pensar seriamente en donde reside la esencia de lo rural. Porque a veces incluso llegamos al paroxismo de parecer querer mantenernos encadenados a un anquilosado e inviable falso sentido de la tradición, al que pretendemos atribuir un carácter de inmutable. Y todo ello como remedo de bálsamo moral que nos justifique y libere emocionalmente ante nuestra capacidad de desencadenar, consciente o inconscientemente, unos cambios tan abruptos y brutales que aunque somos capaces de producir, no somos capaces ni de entenderlos ni de admitirlos. Pero ni entendidos ni admitidos, en realidad muchas veces ahí están y ahí quedan. Y por eso confundimos mutación con cambio, cambio con desarrollo, desarrollo con crecimiento, y crecimiento con progreso.

El peso cualitativo y cuantitativo tradicional de la actividad agraria en el medio rural ha supuesto que, hasta muy recientemente, la inmensa responsabilidad de lograr un desarrollo armónico y equilibrado para el territorio rural haya recaído sobre este sector, derivando en una especie de identidad recíproca que si alguna vez resultó justificable, hoy puede resultar equívoca y distorsionada. Es evidente que desde el ámbito sectorial agrario se puede y se deben hacer importantes aportaciones al desarrollo rural, pero no se puede pensar, es ilusorio a la par que injusto, que las necesidades globales del mundo rural puedan ser resueltas desde la óptica de lo sectorial. El futuro del mundo rural sólo puede dibujarse desde una perspectiva territorial integral, que atienda a los territorios y a sus habitantes como un fin global en si mismo, independientemente de la actividad que los caracterice o de la que dependan sus rentas.

Nuestro país ha empezado tímidamente a querer entender este contexto. Empieza a poder plantearse un modelo de desarrollo sostenible desde una visión integradora donde todos los sectores se sientan presentes y nadie se considere utilizado. Ni todo el desarrollo rural puede tener una orientación agraria, ni podemos exigir al sector agrario que, a pesar de las dificultades y en su posición cada vez más abierta y global de cara al mercado, deba responder a demandas territorialmente próximas, pero conceptualmente muy distantes. La ley para el desarrollo sostenible del medio rural avanza en esa dirección, y trata efectivamente de romper un viejo discurso que lastra e impide en no pocos casos avanzar hacia la construcción de un nuevo escenario. Todo ello independientemente de que en el futuro, ya presente, las políticas agrarias deben estar revestidas de los obligados, afortunadamente, elementos de la sostenibilidad, y ser, más allá de su propio fin en si mismo tan sencillo como el permitirnos alimentarnos en cantidad y en calidad, un referente de equilibrio y dignidad. Pero sobre todo deben ser políticas agrarias que garanticen el nivel de rentas de nuestros agricultores y ganaderos que, al fin y al cabo, alimentan a todos cuantos vivimos en España.

Y paralelamente, libres de toda atadura sectorial, debemos ser capaces de plantear políticas territoriales específicamente rurales de alcance global, en donde nuestros agricultores sean igualmente protagonistas, pero lo sean en pié de igualdad con todo el resto de actores presentes sobre el territorio. Unas políticas territoriales que atiendan a la demanda local, que partan de la escala más baja posible, y que hagan de la gobernanza, de la participación, y del ajuste fino a la necesidad de cada sitio su principal argumento.

Con esto no se está planteando un discurso desvertebrador, ni se está exigiendo marcos de actuación diferenciados, ni solapadamente queriendo quitar o poner dinero de nadie a nadie. En esto no se habla de competencias, de responsabilidades, o de escenarios presupuestarios,.... Se habla simplemente de llamar las cosas por su nombre, y de aclarar por donde, muy probablemente, las cosas deban marchar. Ni pedir lo imposible, ni retrasar lo inevitable.

Nuestro mundo rural no es compartimentable. No podemos dibujar retículas de usos precisas y nítidas. Hasta en el más protegido de nuestros espacios, la presencia humana, en una u otra forma, como uso o como abstención, resulta probablemente fundamental. Pero en medio de los escenarios más transformados, florecen gérmenes imprescindibles para que el planeta siga siendo habitable. No hay espacios buenos y espacios malos. No hay espacios a conservar y espacios a transformar. No hay lugares para la poesía y rincones para el olvido. Hay un territorio que, sin pertenecernos, es el único escenario posible para nuestra existencia. Entender esa realidad, entender ese deslizarse por el afilado filo de la navaja entre estar y usar, y perdurar, es fundamental para entender la razón que justifica casi todas las cosas. De ahí que las políticas que den respuestas tienen que ser las más limpias, las más simples, las más transparentes. Tenemos que fortalecer y evidenciar el vínculo entre el ciudadano y el territorio. Tenemos que reconstruir una realidad de responsabilidad de nuestros hacedores de paisajes con el escenario que conforman cada día. Renunciemos a la posesión o al utilitarismo; la tierra no es el medio de nada, no es el soporte de nada, no es la base para nada. La tierra es sencillamente el único espacio en el que podemos ser posibles, en el que podemos reconocernos, identificarnos y entender nuestra razón de existir. Hace falta un nuevo código de relación con la tierra, basado en palabras sencillas y en actos rotundos.

Es en este punto en donde el discurso cierra el círculo, en donde el pasado y el futuro se abrazan, y en donde se concreta esa identidad imprecisa que algunos llaman tradición. Conservar la tradición no significa no hacer cosas nuevas, no significa renunciar a lo exógeno o no apostar por la innovación. Conservar la tradición significa mantener, sea cual sea el contexto instrumental, el espíritu que nos llevó hasta aquí. No se trata, repito, de seguir haciendo lo mismo, de mantener las viejas formas, o de elevar a la categoría de dogma aquello que el tiempo y el viento convirtió en atavismo. Nada hay más deletéreo que pretender parar lo continuo. Apostar por lo nuevo, apostar por el cambio, por la mezcla y la incorporación del sueño al devenir diario no es rupturista es, simplemente, asegurar que el hilo trasmisor del conocimiento, que es lo que en realidad significa la tradición, no se rompe. Por eso creo que debemos recelar de aquellos que pretenden como futuro una simple foto del pasado. Por eso creo que tenemos que estar permanentemente abiertos a lo nuevo.

La gente del medio rural tiene todo el derecho del mundo a alcanzar las mismas capacidades, las mismas posibilidades, y las mismas expectativas que los ciudadanos urbanos. Nuestros rurales no tienen porque no pertenecer al elenco de profesionales, actividades y sectores que laboran en nuestras ciudades y que son punta de lanza conceptual de lo que todos entendemos como el futuro deseable. No hay un tipo de profesionales o profesiones propias del campo y otro tipo de profesionales o profesiones propias de la ciudad. Y para eso tenemos que entender que, vivamos donde vivamos, nuestro modelo de vida no puede diferir de un escenario común. Los territorios tienen que tener continuidad, la cada vez más compleja interacción urbano-rural crecerá y previsiblemente será un patrón común de ordenación vital a lo largo de este siglo. Tiene

que responder a un modelo de organización policéntrico y multinodal en donde cualquier cosa pueda ocurrir en cualquier sitio, en donde la creatividad y la genialidad encuentre espacio abonado en cualquier lugar. La gente no puede tener que verse en la necesidad de cambiar de ubicación como mecanismo inequívoco asociado a su progreso o a su desarrollo personal. El campo no puede ser la estación de destino final para aquellos que no lograron otra cosa, que no consiguieron escapar a tiempo, que se resignaron, o que no encontraron otras capacidades. Es necesario recuperar un cierto orgullo rural. El campo no es el lugar donde esta lo que no pudo estar en ningún otro sitio.

Y para ello, la gente tiene que ser protagonista. En esto si que nos falta por recorrer camino, a pesar de que es una de las consignas retóricas más repetidas y edulcoradamente pegadizas. Se nos llena la boca con la participación y con la incorporación social pero a veces lo que logramos son espacios rígidos y reglados donde los actores se repiten. Tenemos que dejar a los territorios respirar, reconocerse, identificarse, y configurar su propio futuro. Tenemos que construir cosas más sencillas, y más abiertas. Tenemos que decidir menos para decidir mejor. Cualquier metro cuadrado de nuestro país, cualquier rincón por retirado que este, está aplastado por el peso de una inmensa columna vertical de todo un catálogo de instrumentos de planificación, dictados en no pocas veces desde aproximaciones distintas, distantes y pocas veces equilibradamente imbricadas.

En mi caso, como responsable público, lo que quería es hacer poca arquitectura de gestión y apoyar los impulsos y proyectos de los ciudadanos de nuestro país que deben servir para mejorar la calidad de vida. En la era de lo global, de los grandes escenarios macroeconómicos, de las verdades incomprensibles pero inamovibles, no hay que olvidarse de que las cuestiones importantes son las más básicas.

Por eso nuestro mundo rural sólo estará vivo si la gente que quiere apostar por él, encuentra respuestas a su alrededor a sus necesidades elementales físicas, materiales y emocionales, en un contexto de equilibrio parangonable con lo que ocurre con otros espacios u otros lugares. Y para hacer eso no hacen falta construcciones complejas, ni modelos conceptuales sofisticados. Basta con algo tan simple como aproximarse a la gente sin posiciones previamente decantadas. Acercarse, tratar de hablar un poco, y prestar un poco más de atención. En resumen, escuchar.

Nuestro país se enfrenta a un reto silente de proporciones difíciles de imaginar. Probablemente tiene que decidir sin ser consciente de que está decidiendo. Hoy, aún hoy, muchos guardamos bien oculta en nuestra memoria algo de un pasado rural que en mucho inconscientemente nos mece y nos mueve. Pero cada vez seremos menos. La deuda que tenemos con la naturaleza y el territorio rural, con ese espacio agraz e impreciso que atesora todo lo que nos conforma, es difícil de entender y de medir, pero sin duda existe. Y es una deuda a la que debiéramos ser capaces de responder como una responsabilidad colectiva, como corresponde a una sociedad que se califica como madura. Esto no es una cuestión de sectores, tampoco lo es de competencia, organizaciones, o fondos presupuestarios. Es una cuestión de entender una necesidad, y de reconocer un compromiso. No se trata ni siquiera de leyes ni de reglamentos. Se trata, fundamentalmente, de ética, de solidaridad, y de conciencia.